

MARIANO ERRASTI

MISIONERO FRANCISCANO EN EL CARIBE. PERIODISTA, POETA E HISTORIADOR

Mariano Errasti, a punto de cumplir sus 94 años, nos viene con otra obra literaria suya, de honda sabiduría, de amplio humanismo creyente y franciscano, de entrañable poesía. Viene a lo “indiano”, de vuelta de su larga andadura de más de 60 años en El Caribe: fraile franciscano indiano, pobre en dinero, pero lleno de experiencia(s) y cargado de obras, fruto de su trabajo pastoral, social, intelectual y literaria de muchos años. Viene en figura de indiano, pero no disfrazado, porque en esta nueva obra encontramos al Mariano Errasti de siempre, en su verdadera identidad, en su talento y en su transparencia.

Hacer una semblanza cabal de Mariano es una tarea arriesgada, al menos para mí, que nunca he convivido con él y durante muchos años le he conocido de lejos, de referencias y a través de sus libros: él por las islas del Caribe, yo sin haber todavía atravesado el Atlántico. El mismo año en que yo fui de chaval al colegio de Arantzazu él marchaba para Cuba.

Pero felizmente he tenido ocasión de conocerlo de más cerca en los últimos veinte años, y de colaborar con él en torno a la edición de algunas de sus últimas obras: colaboración a veces muy próxima, otras veces telemática. La segunda edición de su obra *Eguzkilore. Semblanza y sabor de la vida rural vasca*, con la traducción al

euskera de Anastasio Esnaola y con simpáticas ilustraciones de Jokin Mitxelena, fue mi primer contacto y mi primera colaboración con Mariano, allá por el año 1999 —la encomienda me venía del entonces párroco de Aramaio Jesús Mari Elejalde, y el impulso, desde nuestro ministro provincial de los Franciscanos, Telesforo Zuriarrain—. Esas confluencias fueron determinantes e imperativas para mí. Y aunque situados los dos a muchos kilómetros de distancia el uno del otro, nos comunicamos relativamente bien. Y una vez editada la obra, tuvo la amabilidad de venir a su presentación en su pueblo Aramaio, dentro de los actos de conmemoración del centenario de los Euskal Lore Jokoak (Juegos Florales), celebrados en el mismo Aramaio en los días 9-10 de 1899. Aquella presentación del libro tuvo su continuación el 2 de julio del año siguiente (2000), cuando el ayuntamiento de Aramaio concedió a Mariano el título de hijo predilecto del pueblo.

Posteriormente tuve la suerte de trabajar con él más codo a codo en la preparación de su libro *Subida al Nuevo Arantzazu*, y me concedió incluso la gracia de traducirlo al euskera (*Arantzazu berria bidean gora*) y publicarlo en doble edición. Fue una experiencia muy grata aquella peregrinación que organizamos partiendo de Aramaio hasta Arantzazu, para hacer una especie de reportaje fotográfico para el libro, con la ayuda del amigo fotógrafo Manolo Barros.

Más tarde me presentó un nuevo ensayo literario sobre la llamada “iglesia ecológica” de Las Lomas (Puerto Rico), que gustosamente le devolví grabado en soporte digital, añadiendo por mi parte algunas observaciones; la Custodia Franciscana del Caribe lo publicaría en forma de atractivo libro, ilustrado con fotografías y dibujos, bajo el título de *Espacio Transfigurado*.

Ahora henos con este nuevo libro de Mariano Errasti, quien hace dos años volvió definitivamente a su Euskal Herria. Aunque últimamente estaba yo reduciendo mis labores editoriales, acogí gustoso su proposición para publicarlo, porque la consideré como un reconocimiento por su parte, de que nuestra colaboración en las obras anteriores había sido de su agrado. Agradeciendo, pues, cordialmente su confianza, y aun no siendo el más indicado, me he atrevido a escribir esta pequeña semblanza bio-bibliográfica del autor, sin su permiso, y por solicitud

del responsable de la editorial. Y lo hago, como se verá, guiado por sus obras y escritos, y por numerosos textos entresacados de los mismos.

Vamos, pues, sin más a la tarea. A veces la así llamada reseña bio-bibliográfica de un autor suele ser una ficha —o doble ficha— en la que por un parte se dan los datos y las datas principales de la biografía del autor, y por otra parte se reseñan sus obras con rigor bibliográfico. En el caso de Mariano me ha parecido que esa disociación esquemática —biografía y bibliografía— resultaría demasiado fría y artificial, porque sus escritos y libros están estrechamente ligados a la trayectoria y experiencia de su vida. Por tanto, intentaré narrar en algún modo su vida y sus labores, situando sus escritos en ese mismo contexto. El no nos ha ofrecido una autobiografía al uso —me atestigua que no la tiene escrita—, pero todas sus obras están situadas en el correr de su biografía. Su sentido de periodista —potenciado por el de poeta y de historiador— le ha movido siempre en su vida y le ha hecho un comunicador cercano. Mariano no es un escritor académico o de oficina, que se ponga a escribir de temas lejanos y rebuscados que no le hayan “atrapado” directamente o no le toquen muy de cerca, incluso personalmente, en su propia vida, o que sean ajenos a la misión que lleva entre manos.

Mariano Errasti Ugarte nació en el apacible y entrañable valle de Aramaio (Araba, Euskal Herria–País Vasco), protegido por la agreste sierra Arangio y la imponente cumbre rocosa de Anboto; nació en el barrio Azkoaga, caserío Induspe Beheko, el 18 de agosto de 1926. “Muchacho retozón y enredador dentro de los límites del *etxalde* de mi caserío, me volvía encogido y asustadizo fuera de aquel pequeño enclave”, se define a sí mismo en uno de sus escritos. Apacible lugar entonces, tal como él lo atestigua a menudo con satisfacción; hoy quizás no tan apacible y bucólico, desde que pasa sobre el valle el altísimo viaducto del tren de alta velocidad. En todo caso, le quedó igualmente muy grabada la imagen de los aviones de guerra sobrevolando sus cielos en los primeros días de la guerra civil española, y muy grabado el miedo por los obuses que caían en el valle, provenientes de la otra parte de la montaña, y el desgarró producido por la visión de la fosa del bosque llena de cadáveres de soldados; experiencia de niño, expresada en

uno de los capítulos de este libro, pero que la tiene contada también en la introducción de su obra *Eguzkिलore* (girasol).

Precisamente en esa obra nos narró sus memorias de chaval en torno a su caserío, antes de meterse en la inocente aventura de Arantzazu para estudiar y ser fraile franciscano. “No sé de qué extraños entresijos me salió la idea de entrar en un seminario. Sólo tenía yo diez años de edad...”, comienza uno de los capítulos del libro. Allí aprendió lo que en el programa de estudios del tiempo llamaban Humanidades: cinco cursos, dos en Arantzazu y a continuación tres en Forua, donde comienza a revelarse su sensibilidad poética, y a sus catorce y quince años escribe sus primeras poesías.

Antes de mudarse a Olite para los cursos de filosofía, está el año del noviciado, en el que quedan interrumpidos los estudios académicos. Vistió el hábito franciscano en el convento de Zarautz, y tras un año completo y denso de iniciación religiosa y franciscana hizo su profesión temporal. Era el 8 de agosto de 1943; estaba para cumplir sus 17 años. Trasladado al convento y casa de estudios de Olite, se dedicó por dos años a iniciarse en los principios de la filosofía y su historia, cuyo conocimiento se consideraba fundamento y preparación necesaria para el estudio de la Teología, para ser ordenado sacerdote.

Tras los dos cursos en Olite, vuelta a Arantzazu (1945): conclusión del tercer curso de filosofía, y cuatro cursos intensos de estudio de la Teología. Y años de decisiones vitales y definitivas para ser cabal fraile franciscano y sacerdote —*sacerdos in aeternum*—: Profesión solemne el 4 de octubre de 1947, y ordenación sacerdotal el 4 de marzo de 1950.

Largo ciclo de trece años de estudios curriculares iniciados en Arantzazu (Colegio) y culminados en el mismo Arantzazu (Teologado). En ese Arantzazu, santuario mariano desde el siglo XV, tan ligado a la historia de la gente vasca, en su tierra y en su exilio de América, históricamente centro de estudios y convento franciscano, y hoy referencia importante de arte religioso moderno, lugar de encuentros sociales y culturales, punto de partida atractivo para el montañismo,

además de seguir siendo desde hace más de quinientos años meta de peregrinos y centro bien cuidado de culto religioso y litúrgico.

El mismo año de su ordenación Mariano fue destinado a Roma, a la Universidad Pro Deo, a estudiar periodismo: materia que no entraba en el currículum académico de los trece años, aunque sí hacían prácticas de comunicación escrita (colaboraciones en publicaciones internas y en revistas del Santuario) y oral (declamaciones de oratoria). Los estudios de Roma los completó en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid en el curso 1952-1953.

Dotado para la escritura y habilitado para el periodismo, el mismo año 1953 fue enviado a La Habana como redactor y vicedirector de la revista franciscana *Semanario Católico*, que a los dos años se convertiría en la prestigiosa e influyente *La Quincena*, dirigida por el P. Ignacio Biain, y cuyo lema era “Una respuesta cristiana a los problemas de hoy”. En aquellos años combinó su intensa labor periodística —más de un centenar de colaboraciones, número tras número, entre los años 1953-1961—, con la pastoral específica, como Consiliario de la Acción Católica y otros servicios de atención espiritual a monjas y seminaristas.

En aquellas revistas dio lo mejor de sus jóvenes facultades periodísticas, incluso en el período de fuerte censura por parte del régimen del dictador Baptista. La victoria de Fidel Castro por el año nuevo del 1959 fue recibida con ilusión e incluso con entusiasmo por parte del equipo de redacción y del mismo Mariano. “En Cuba se dejó enamorar por la revolución fidelista, y aún hoy le duele en los ijares del alma el desencanto”, constatan los hermanos franciscanos de Mariano en el Caribe, que conocen muy de cerca su biografía, en la introducción a uno de sus libros poéticos, *Viaje al otro Caribe*.

Tras el primer período optimista y esperanzador de la revolución liberadora, la derivación ideológica cada vez más clara del nuevo régimen hacia el comunismo, sus progresivas medidas de política económica estatalista y su dura represión contra los opositores condujeron a la revista a tomar una actitud cada vez más crítica, en consonancia también con la posición que iba adoptando el episcopado cubano, sobre todo a partir de su carta colectiva de agosto 1960.

En ese contexto le tocó a Mariano ser el nuevo director de la revista durante seis meses (1960-1961), sometida también ella a presiones gubernativas; hasta que tuvieron que cerrarla bajo la persecución religiosa desatada tras la invasión norteamericana de la Bahía de los Cochinos, en el mes de abril, con la consiguiente expulsión de los frailes de la Isla. También Mariano tuvo que salir, junto a unos ochenta de sus hermanos franciscanos. Como dice M. A. Elustondo, el sucinto relato de la expulsión de los frailes de Cuba, publicado por Mariano Errasti en la revista *Cantabria franciscana*, de la Provincia Franciscana de Cantabria (hoy de Arantzazu), es el mejor testimonio de aquellos hechos (véase “IncurSIONES en territorio cubano-franciscano. ‘La Quincena’ y la revolución de 1959”, in: William A Douglass, *Vascos en Cuba*, Gasteiz: Eusko Jaurlaritza, 2015, p. 305). Efectivamente el artículo de Mariano fue publicado en el año 1962 en la revista *Cantabria Franciscana* (nn. 61-62, pp. 8-22), con el título “La Comisaría Franciscana de Cuba bajo la persecución Fidelista”, y en él hace una especie de crónica, casa por casa, de aquellos duros meses de 1961, con nombres y apellidos de los frailes.

Expulsado de Cuba, en 1961, Mariano Errasti reside algunos meses en el Convento de Valladolid; fruto de ese período de descanso y de distensión fue su primer libro, *En la Habana ha muerto un turista*, publicado en 1963 en la editorial del Santuario de Arantzazu, bajo el seudónimo de X. Aramayo.

Tras los meses de Valladolid, vuelve, no ya a Cuba pero sí al Caribe; y su vida posterior se moverá entre República Dominicana y Puerto Rico, islas en las que la Provincia Franciscana de Cantabria fue extendiendo a partir de 1962 la presencia de sus frailes en parroquias tomadas a su cuidado —más tarde erigiría la Custodia Franciscana del Caribe, dependiente de la misma Provincia—.

Efectivamente, en el año 1962 Mariano es destinado a Puerto Rico; y habiendo servido por cinco años como coadjutor en la parroquia de Santa María de los Ángeles de Río Piedras (San Juan), en 1967 es nombrado guardián de la casa y párroco en Las Lomas (San Juan): parroquia de la Resurrección del Señor, tomada a su cuidado por los Franciscanos de la Provincia de Cantabria. Ahí se dedicó plenamente al trabajo pastoral y parroquial durante 10 años. Período entusiástico y activo, en el que, junto al también franciscano, azkoitiarra, Luis Zabala, con

quien había colaborado en la redacción de *La Quincena*, en Cuba, llevaron a cabo la construcción de la nueva iglesia, obra de los arquitectos Manuel Fernández e Isis Longo, considerada como un hito en la arquitectura religiosa. A ella dedicó un largo poema, titulado *Templo abierto al sol*, fechado en el verano de 1977, y que fue publicado como libro por la misma fraternidad franciscana, con ilustraciones de Xabier Egaña. Así lo presenta el autor: “Recuento de algunos medios que utilizaron los buenos cristianos de un rincón de Puerto Rico para construir un singular templo, abierto a la luz del sol, al amor de los hombres y al viento del Espíritu”.

Año 1977. Ha cumplido sus cincuenta años, y es conveniente hacer un descanso en la vida: año sabático. Vuelve, pues, a Euskal Herria, a Vitoria-Gasteiz, para un año de renovación personal, intelectual y espiritual (1977-1978); uno de los objetivos es el curso de “Actualización teológica”, en la Facultad de Teología de la ciudad.

...Y de nuevo al Caribe. Vuelve, pues, a Puerto Rico, ahora a Sabana Seca, en el municipio de Toa Baja (1978), para dedicarse de nuevo a la labor pastoral: Párroco de San José Obrero. Y al mismo tiempo se adentra con entusiasmo y ahínco en el estudio de la amplísima historia misionera de los Franciscanos en América, desde los primeros años de la implantación española en ella, según nos certifica él mismo en el prólogo de su posterior obra sobre el primer convento religioso de América, el de San Francisco, de la ciudad de Santo Domingo: “Los primeros misioneros de la Orden habían llegado a las Antillas en 1493, formando parte del segundo viaje de Cristóbal Colón”. Como fruto de esa labor de investigación publicará su obra de historia de mayor alcance, *América Franciscana*, en dos volúmenes: *I. Evangelizadores e Indigenistas en el siglo XVI* (1986) y *II. Doctrina, misiones y misioneros* (1990).

En 1991 es destinado a la República Dominicana, donde vivió casi otros veinte años, en Villa Duarte, en la capital Santo Domingo. Junto a sus actividades pastorales, continuó en su labor de investigación y divulgación de la historia —él prefiere hablar de reportaje histórico— de los Franciscanos, ahora centrada en la tierra donde le toca vivir y trabajar —Isla Española—, y más en particular La República Dominicana. De esa labor surgieron otros dos libros: *Los primeros*

Franciscanos en América. Isla Española 1493-1520 (1998) y *El primer convento de América. Historia y forma de vida de los franciscanos en su convento de la ciudad de Santo Domingo, 1516-1820* (2006).

Esas son las tres principales obras históricas de Mariano Errasti. Pero su aportación en el campo de la historia franciscana en América viene ampliada por sus conferencias, su participación en congresos, sus colaboraciones en obras de historia colectivas, entre las que destacamos: *Franciscanos en América. Quinientos años de presencia evangelizadora* (México 1993), *Los Franciscanos en Puerto Rico* (1994), *Las cofradías americanas de la Virgen de Arantzazu. Informes para su valoración* (2003), *Fuentes documentales y bibliografía sobre los franciscanos vascos en América. Epoca colonial: 1. Hemisferio Norte* (2004), etc.

Durante ese período es también el responsable de la crónica de la Custodia Franciscana del Caribe. Y a lo largo de su trayectoria de vida en las islas escribe igualmente numerosas colaboraciones en las revistas *Cantabria Franciscana*, *Arantzazu*, *Misiones Franciscanas*, *San Antonio*, publicadas en el santuario de Arantzazu.

En el año 2009 vuelve destinado nuevamente a Puerto Rico, a su antigua y querida parroquia de Las Lomas, donde vivirá sus últimos años del Caribe, hasta 2018. Y también ahí, en medio de sus diarias labores pastorales, institucionales y caseras, sigue escribiendo, y completa su antiguo largo poema dedicado a su “iglesia bosque” —que mientras tanto había sido premiada por el Instituto de Arquitectura de la USA y la representación de la UNESCO en Puerto Rico la había declarado “Patrimonio Arquitectónico de la Isla”—, con una detallada descripción de la misma y una fina interpretación de su arte; y así publica la atractiva obra, de título poético y sugerente: *Espacio transfigurado. Reflexiones en una iglesia ecológica* (2011).

La necesidad casi vital y la pasión por escribir es inherente a Mariano: sean artículos periodísticos, sean poemas, sean relatos, sea historia —historia sacada de documentos de archivo que él convierte en reportaje—. Siempre ha hallado tiempo y oportunidad para escribir en medio de sus labores pastorales, como párroco o ayudante de parroquia, y de sus obligaciones y quehaceres institucionales,

como responsable o guardián de la Fraternidad en la que vive, como consejero de la Custodia. En ese amplio recorrido nos ha ofrecido las obras reseñadas.

Y tras largos años de intensa actividad pastoral, literaria, intelectual en el Caribe, Mariano Errasti ha vuelto recientemente (2018) a su tierra, y se ha retirado en la casa-enfermería franciscana de Bermeo. Vuelve a sus primeras raíces... En su obra poética, *Viaje al otro Caribe* (1998), una especie de canto a las tierras luminosas y a las gentes pobres pero alegres de las Islas donde él ha entregado su vida y su actividad, comienza por confesarse: “El autor de estos versos es hijo de campesinos vascos”, y algo más abajo añade: “A pesar de sentirse herido en sus entrañas por el desarraigo, este vasco franciscano lleva ya más de cuarenta años bajo el ardiente sol del Caribe”.

Desarraigado de su tierra de nacimiento y de sus años de niñez y de juventud, Euskal Herria; muy arraigado en sus islas del Caribe durante 65 años. Con todo, Mariano nunca ha renegado de aquellas primordiales vivencias de niño en su pueblo Aramaio. “Nacido en el valle de Aramaio (Alava), nunca he renunciado a mi condición y dignidad de vasco a pesar de que durante la mayor parte de mi vida de adulto he residido en las islas del mar Caribe”: con esa declaración empieza precisamente la introducción al presente libro. Ni ha renegado de su origen ni ha olvidado sus vivencias de niñez. Tampoco ha renegado de aquellas experiencias y aquellos sueños de joven fraile en Arantzazu: ni ha renegado de ellos ni los ha olvidado. Al contrario, desde su lejanía del Caribe y en sus vacaciones periódicas en Euskal Herria (en su Aramaio, en su Arantzazu), ha tratado de revivir, y plasmar por escrito, ¡cómo no!, experiencias y sueños antiguos, confrontándolos con los cambios y la transformación del actual Aramaio, cuya gente trabaja ahora en la industria, y del “Nuevo Arantzazu” —nuevo por su arte religioso moderno y por sus modernas infraestructuras—, con renovados, e incluso novedosos, proyectos pastorales, sociales y culturales en marcha. Cambio y modernización son considerados en positivo por Mariano, y provocan en él admiración más que nostalgia por el pasado. En ese juego de lejanía y de cercanía surgieron de la pluma de Mariano Errasti dos nuevos libros, escritos en prosa, pero llenos de poesía: *Eguzkilore. Belleza y sabor de la vida rural vasca* (1985; 1999) y *Subida al nuevo Arantzazu* (2008).

Mariano ha retornado de su Caribe a su Euskal Herria, y ha vuelto con otro nuevo libro bajo el brazo, este que tienes en tus manos. El tema del retorno está muy claramente expresado en las dos obras que acabamos de citar y también en esta nueva: retorno ideal del emigrado Francisco (Patxi) de Mendibe (Aramaio), anciano instalado en algún país del Trópico (*Eguzkimore*), retorno personal en peregrinación, del misionero en América (*Subida al nuevo Arantzazu*), retorno final del fraile que vuelve definitivamente a su tierra, para su última etapa de la vida; esta vez con el fruto maduro de sus meditaciones escritas sobre la vida y la muerte, sobre el pasado, el presente y el futuro: reflexiones sugeridas por hechos y experiencias de vida, propias y ajenas. Se titula *Memorias y cartas de un fraile indiano*.

Emigrado, peregrino, indiano: siempre es Mariano Errasti, que nunca ha perdido sus primeras y fundamentales raíces. Escribió en su *Eguzkimore*: “Todos somos hijos de la tierra, de nuestra propia tierra, y nadie puede cambiar de nombre (1999, p. 10); y un poco más adelante: “A quien olvida su madre-tierra, su color, su aroma, sus voces y silencio, su forma y su manera, su dolor y su misterio, se le marchita el sentimiento y, a la larga, se le muere el alma. Por falta de raíz” (1999, p. 18).

Mariano es poeta en su prosa y es periodista en su poesía, es historiador en sus reportajes y reportero en su historia: géneros literarios entrecruzados. El mismo autor lo confiesa más de una vez —el estilo de este libro “oscila entre el reportaje y la poesía”—. Bien dice el introductor del *Viaje al otro Caribe* respecto de su poesía: Su estilo es “tan directo y fotográfico, que integra poesía y periodismo en un sorprendente y feliz maridaje de géneros literarios”. Cuando parece que describe una iglesia, está dando con plena conciencia y a propósito una interpretación de su arte y arquitectura: “Ya estos iniciales datos indican que el contenido de este libro, más que por la sencilla línea de la descripción, va por el camino de la interpretación, o sea de la reflexión, de la rumia”, confiesa en su “Pórtico” a *Espacio Transfigurado...*

Sin entrar por mi parte en el análisis crítico de los valores literarios y de las aportaciones históricas de las obras de Mariano Errasti, quisiera resaltar tres rasgos significativos que creo ver en su modo de ser y en sus escritos: Simplicidad, humanidad, interioridad.

Nacido y crecido en la sencillez de la vida rural del Aramaio de su niñez y educado en la simplicidad de la vida franciscana, y con muchos años de relación social y pastoral con gente pobre y llana del pueblo: Mariano lleva muy encarnadas en su forma de vida esa sencillez y esa simplicidad, y las expresa igualmente en los motivos y el estilo de sus escritos. Vive y manifiesta su condición de fraile franciscano sin complejos, pero sin alardes, con transparencia. Transparente en su forma de ser y de escribir, Mariano se manifiesta dotado de un finísimo humor inocente, capaz de reírse de sí mismo, y muy respetuoso con los demás. Simplicidad y sencillez en un espíritu cultivado y hasta refinado: eso es Mariano, y así se manifiesta en sus escritos.

A esa sencillez y simplicidad personal y de estilo de vida se une su adhesión y su preferencia, en sus propios escritos, por la gente sencilla, humilde y pobre del pueblo. Como atestiguan sus hermanos franciscanos del Caribe en su introducción al *Viaje al otro Caribe*, “Las Antillas son islas donde dolorosamente convive el dólar con los harapos, la revolución con la dictadura, el sol con las tinieblas, donde las más brillantes apariencias tratan de disimular las más opresoras condiciones de su existencia. El autor en su condición de poeta, denuncia dicha ambigüedad y hace una clara opción a favor de los pobres y marginados del Caribe” (...), viendo “los valores humanos y religiosos desde la perspectiva del suburbio donde vive insertado” (p. 10). Su obra *Espacio Transfigurado*, tanto como un canto a la belleza y significado ecológico de la iglesia de Las Lomas, es un canto, elogio y agradecimiento a las gentes del pueblo que colaboraron en su construcción, cada uno a su manera, en plan de **auzolan** (trabajo comunal). Seguidor de Francisco de Asís y admirador del poeta de Arantzazu, Bitoriano Gandiaga, canta la dignidad y la vida de la clase de los “menores” (tiempo de San Francisco), que Gandiaga vendría a asemejar a su “jende bajua” (=pueblo bajo), definición aprendida de sus padres.

Se identifica con los menores de los humanos, al igual que se identifica con los menores de los animales. Es muy significativo, en este sentido, su “Cántico de las criaturas menores” (*Cantabria Franciscana*, n. 14, 1982, pp. 18-19), donde canta a los grillos, a las arañas, a las ranas y hasta a los microbios y a los virus. Más significativo es todavía su reiterativo elogio del humilde y paciente pero digno burro,

no tan solo el identificado en el noble Malaquíás que él conoció en su caserío, sino el burro animal convertido en emblema de su propia vida, como puede verse en la poesía que le dedica en este mismo libro, en el capítulo “Una extraña forma de viajar a las últimas fronteras de este mundo”. Viaje de la vida al paso marcado por el burro...

Y Mariano Errasti se caracteriza particularmente por su humanidad, abierta y respetuosa de la libertad y de la opinión de los otros, por encima de personales confesiones, o de dogmas doctrinales y morales. El, como fraile franciscano y como sacerdote se ha dedicado a la evangelización, al apostolado y a la pastoral de la Iglesia, pero sabe muy bien que una cosa es la evangelización —anuncio de la Buena Nueva— y la pastoral muy respetuosa de la libertad ajena, y otra cosa distinta es el proselitismo inquisitivo o impositivo. Ha tratado con muchísima gente, creyente, menos creyente o increyente. Por principio evangélico y por su propio carácter y talante, Mariano nunca se desliza hacia el proselitismo en su relación directa con las personas ni en sus escritos. *Espacio Transfigurado* es descripción e interpretación de una iglesia, pero él ve en ella mucho más que un simple lugar de culto religioso, y que puede presentar y representar valores artísticos y humanos para toda persona sensible; a ellas se dirige: “Espero que los caminos que abre el simbolismo de la Iglesia de Las Lomas puedan interesar y ser útiles tanto a los creyentes como a las personas que no profesan la fe cristiana” (p. 15). Su talante radicalmente humano, abierto y tolerante le lleva igualmente a no establecer su relación y diálogo con la gente sobre la base de juicios y prejuicios morales, como bien constatará el lector de este libro. En su capítulo 8, “Consultar con la almohada”, donde se pueden hallar muchos pensamientos de hondo humanismo, de profunda humanidad, hallamos uno que se refiere a las “refriegas” entre progresistas y conservadores, izquierdas y derechas (n. 8); y concluye: “En todo este enojoso asunto, en el que unos se declaran progresistas y otros son tachados de conservadores, quizás la actitud que conlleve una solución sea, no el estar atrás o adelante, a la izquierda o a la derecha, sino abiertos y no cerrados”.

Y la interioridad... ‘Sugerir’ es uno de los verbos preferidos de Mariano. Desde la sugerencia quiere conducir él a su interlocutor o a su lector al significado pro-

fundo de las cosas visibles que poéticamente describe o de los hechos ordinarios que como periodista narra: ayudar a penetrar en la interioridad y en el significado humano y trascendente de las realidades, más allá de su apariencia. Así abre su “Pórtico” al libro *Espacio Transfigurado*: “Los seres humanos somos animales rumiantes, es decir, capaces de reflexionar. Lo que vemos y oímos tornamos a ver y oír por dentro, volteándolo una y otra vez, para tratar de averiguar sus posibles significados”. Su necesidad de ir a la profundidad de las cosas, más allá de su descripción externa, es también la constante búsqueda de sus reflexiones en su *Subida al Nuevo Arantzazu*, donde en su capítulo introductorio declara: “Reconozco que la parte que más trabajo me ha supuesto en este ejercicio literario ha sido la descripción del paisaje. Observarlo no significa sólo fijar la vista en sus sorprendentes altibajos, en su “apariencia”, sino procurar penetrar más allá de la superficie de las rocas, averiguar lo que esconden el color y las formas del monte y del barranco o las hojas de los árboles que mueve el viento. Es decir, ver las cosas desde su propio interior” (p. 20).

Seguro que en ese libro, y en otros, consigue con sus finas y cuidadosas sugerencias conducir al lector a esa interioridad de las cosas, para que cada cual personalmente busque el significado (o los significados) de profundidad de las realidades y de las experiencias ordinarias, donde nos aconseja andar “con cien ojos abiertos, pues hasta los caminos más vulgares se convierten en símbolos refinados que le llevan a uno a mundos invisibles”.

Paulo Agirrebaltzategi